

¿Por qué nos imponemos ceniza al comenzar la Cuaresma?

Kristopher W. Seaman

Muchas parroquias recogen las ramas de palma, de olivo y de otros árboles, que fueron bendecidas el año pasado, para hacer la ceniza que se nos impone el Miércoles de Ceniza, tal como lo prevé el Misal Romano (ese libro rojo que el sacerdote usa en misa). Pocos días antes del Miércoles de Ceniza, y después de la Oración de la tarde, los fieles se congregan, para quemar las ramas y bendecir la ceniza, aunque también puede bendecirse en la misa del día.

Hace un año, aquellas ramas estaban verdes, vigorosas y producían oxígeno, pero fueron cortadas, bendecidas y repartidas el Domingo de Ramos, para darle la bienvenida a Cristo y llevarlas a nuestra casa. Esas ramas se volvieron amarillentas, se secaron y hasta encogieron. Ahora, quemamos las ramas secas para obtener ceniza, y el Miércoles de Ceniza nos la imponemos en la frente, en forma de cruz.

En esas ramas queda expresado un profundo impulso de las personas a lo largo del año. Como las ramas, nosotros podemos perder vigor y entusiasmo en la misión que Cristo nos ha confiado en la Iglesia. De hecho, el pecado nos corta y aleja de Cristo, cuando decidimos seguir nuestros propios caminos. Nuestra relación con Cristo y su Iglesia comenzó desde el Bautismo. Los cristianos entendemos la relación bautismal como un pacto o alianza de Dios con su pueblo. Cada domingo, participamos de la Palabra y de la Eucaristía para renovar nuestra alianza eclesial con Dios, Trino y Uno. Sólo que, en tanto que Dios siempre es fiel, los humanos no; tropezamos, caemos, o hasta le damos la espalda a Dios.

En el evangelio de san Lucas, Jesús nos cuenta la parábola del hijo pródigo. El hijo de un hombre rico le exige la herencia a su padre. Tras recibirla, se va lejos. Cuando la ha malgastado, decide volver, avergonzado, a la casa de su padre. Dice Jesús que: “Estaba aún distante cuando su padre lo divisó y se enterneció. Corriendo, se le echó al cuello y le besó”. Y el

padre declara: “Este hijo mío estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado” (Lucas 15:20, 24). Igual que ese padre, nuestro Dios y Padre siempre está esperando a que nos le acerquemos más. Como al hijo pródigo, con la ceniza, Dios nos invita a que volvamos a la vida que nos ofrece en Cristo Jesús. Esto es el discipulado: vivir la misión que Cristo le ha confiado a la Iglesia.

La ceniza lleva el sello de la cruz, símbolo de discipulado. Así como las ramas de palma marchitas fueron quemadas para formar la cruz en nuestra frente, debemos morir a nuestro egoísmo y volver al camino de Cristo que nos llena de vida. La ceniza es como polvo de la tierra. La palabra latina para el suelo o lo terroso es *humus*, de donde viene ‘humildad’. Ser humilde no es exaltarse a uno mismo, sino a otro: a Cristo. Cuando nos impongan la ceniza en la frente, escucharemos esta frase: “Acuérdate de que eres polvo y al polvo has de volver”. Por ser “polvo”, hemos de ser humildes

para “revestirnos de Cristo” y vivir la misión confiada a la Iglesia, a la que pertenecemos. O quizá escuchemos: “Arrepiéntete y cree en el Evangelio”, cuyo sentido es más evidente. Durante la Cuaresma, Dios nos llama constantemente a confiar toda nuestra vida a Cristo y al poder del Espíritu. El capítulo segundo del libro de Joel dice: “Renovemos nuestra vida con un espíritu de humildad y penitencia; ayunemos y lloremos delante del Señor, porque la misericordia de nuestro Dios está siempre dispuesta a perdonar nuestros pecados” (Antifona del rito). Aunque hayamos desperdiciado los dones que Dios nos da, la ceniza nos revive la necesidad de volver al Dios de misericordia, de compasión y de paz.

KRISTOPHER W. SEAMAN, DM^{IN} es director adjunto de la Oficina para el Culto en la Diócesis de Gary.

